

**cuarenta
años de
feminismo •**

Lo que el feminismo desató¹

Marta Acevedo

Antes de hablar de lo que el feminismo desató en México, debo reconocer lo que la lectura desató en mi vida: el feminismo.

En julio de 1970 leí ávidamente *La mística de la feminidad* de Betty Friedan. Para mi sorpresa, descubrí mi opresión, mi propia opresión. Antes de la lectura de Friedan, para mí eran otros quienes tenían causas, motivos: los niños pobres en mi infancia, los trabajadores tiempo más tarde, la guerrilla de Guatemala después. De pronto, yo también tenía una causa, un motivo, un motor...

Recuerdo que en *Excelsior* apareció por esos días una pequeña nota que anunciaba que el 23 de agosto el nuevo movimiento de mujeres en Estados Unidos organizaba una amplia celebración por el cincuentenario de la emancipación legal de la mujer. Decidí ir a San Francisco y cubrir el acontecimiento. Fernando Benítez publicó la crónica que hice en *México en la Cultura*. Dos mujeres a quienes yo no conocía leyeron mi texto en *Siempre!*, me localizaron y, junto con otras dos, formamos el primer pequeño grupo feminista. Seis meses más tarde decidimos manifestarnos públicamente el domingo 9 de mayo de 1971 en el Monumento a la Madre. Puedo, pues, decir que esas lecturas de ida y vuelta desataron un movimiento que ha transformado algo en este país.

Pero ¿qué desató el feminismo? Primero que nada, el coraje de las mujeres. El enojo. La rabia. Ya estaban ahí. El feminismo los liberó, los lanzó al viento, los envió a la calle.

Creo que la emoción predominante en los primeros pasos que muchas mujeres dimos en los años setenta fue el enojo. Era un enojo que se dirigía,

¹ Lectura dictada el 11 de mayo de 2011 con motivo del coloquio "Cuarenta años de feminismo en México", en la Casa de las Humanidades, UNAM.

además, a un grupo de personas muy queridas, muy cercanas: a quien hubiera deseado que fueras varón en lugar de mujercita; a quien te educó para ser niña preciosa y luego mujer decente; a quien te decía "frígida" o "neurótica" por sentir y querer otra cosa; a los amigos que se burlaban de tu militancia; a la amiga que no quería entender tu enojo. Y el enojo también alcanzaba a los de afuera: al que te tocaba las nalgas "no queriendo", al jefe que no te daba la oportunidad de... pues qué tal si te embarazabas.

Y tú misma te cansabas de ese decidido y apasionado sentimiento que era, sin embargo, lo que te iba dando una fuerza innovadora y producía visiones diferentes, que sentías propias por primera vez.

Después tuvimos que dirigir ese enojo, por supuesto, contra la parte nuestra que hacía juego a la opresión. Nos tomaría tiempo bucear en esas aguas no muy claras: teníamos que entender cómo internalizábamos la idea de que lo dominante-masculino era lo importante, cómo confundíamos la afectividad con la necesidad enfermiza de ser aceptadas, cómo se había transformado la seducción en el arma femenina por excelencia, cómo nos invadía el miedo al ridículo por no estar dentro de los cánones... Teníamos, en fin, que enfrentar temas relacionados con los sentimientos, con el cuerpo, con las relaciones de poder en la vida privada.

La experiencia del coraje contra nosotras mismas constituyó una catarsis muy dura pero necesaria para reconstituírnos y entender un poco mejor nuestra situación colectiva. Hubo quien lo encontró insostenible y se quedó en la primera fase del enojo; hubo también quien se alejó, prefiriendo dejar las cosas como estaban.

La ruptura del aislamiento, la valoración de lo femenino, el esfuerzo por entender por qué dábamos la impresión de conformarnos con lo que nos imponían, el ejercicio de compartir esas experiencias en el pequeño grupo e ir tejiendo solidaridad, tomando conciencia de nuestra propia opresión, todo eso nos sirvió para entender el carácter político de lo personal, o para decirlo como entonces lo expresábamos: *lo personal es político*. Así, en el seno del pequeño grupo fue naciendo un nuevo sujeto político. Y ese fue, precisamente, otro de los fenómenos que el feminismo desató.

Con todo, ese nuevo sujeto político —99% mujeres— no era suficiente, no bastaba si el otro no respondía. Y de aquel lado se levantaban la indiferencia, el desafío, la burla, la seducción o la sordera. Y entre nosotras el problema de la organización, de cómo avanzar, de diseñar estrategias para sumar más mujeres, nos desgastaba. Echábamos en falta no tener lavada y planchada la camisa de la organización, no tener lista la papilla de la intro-

ducción para las nuevas, no haber dispuesto la cena del análisis sesudo de una nueva política. Los tiempos de preparación de todo ello no coincidían con los del ama de casa.

Éramos, pues, un sujeto político imprevisto que carecía de asideros suficientes. Leo parte de lo que dije en el ciclo de conferencias de la Casa del Lago en octubre de 1972:

Nuestro punto de partida no tiene antecedentes sobre los cuales podamos apoyarnos. La liberación de las mujeres representa la innovación más amplia, personal y genérica, pues abarca desde las relaciones de producción hasta el uso ecológico de la tecnología; desde una auténtica identidad para los dos sexos, hasta el trabajo visto como una gratificación placentera de una necesidad; desde cambiar el sentido del poder dentro y fuera de la casa, hasta la arquitectura y la educación de los niños. Es un movimiento que comienza y que al plantearse problemas de la vida entera, se encuentra con que no hay conceptos para analizarlos en su conjunto, ni maneras probadas de hacer la política que se necesita.

Sí, queríamos comernos el mundo, transformarlo a fondo, pero nos debatíamos entre dicotomías irresueltas y posiblemente irresolubles: sexualidad/política, cuerpo/economía, biología/historia, naturaleza/cultura, subjetividad/lucha de clases, psicoanálisis/marxismo, militancia/pequeño grupo. Complicado.

Teníamos que pensar de nuevo la cultura, los lenguajes y los saberes. Y esa es otra de las cuestiones que el feminismo desató y que sigue siendo urgente plantear hasta el día de hoy, tomando atajos imprevistos, tomándonos el tiempo necesario, como seguramente nos lo hará ver Marisa.

No hace mucho tiempo, Lea Melandri, de la Librería de las Mujeres en Milán (Gruppo su sessualita è scrittura) escribió (y lo publica DEBATE FEMINISTA en su número 40): el feminismo "ha llevado el cuerpo, la sexualidad, la experiencia del individuo al centro de la política, pero no ha logrado extender el modelo más allá del pequeño grupo, tomarse tiempo para la lenta modificación de sí y, en tanto, 'postergar' y delegar en otros la lucha contra 'los poderes reales', cuyas palancas permanecen en manos de otros".

Y sí, en aquellos primeros pequeños grupos de los que hablo hubo mujeres que decidieron no delegar en otros la lucha contra "los poderes reales".

Pero eso no se los adelanto. Ese es tema de las próximas mesas.

Para mí, la lenta modificación de una misma continúa ●